



Revista  
Artes

de



Y Letras



DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4  
de la Revista

IX de las Ediciones  
Agosto 1918



## LA JAPONESITA (1)

Mit-sú, la linda japonesita de cabellos de ébano sedoso, mejillas de azucena y labios bermejos, está triste. Permanece sola en su habitación, sentada a la oriental sobre un cojín que ella misma bordara de pájaros y flores maravillosas.

Sus ojos negros, suavemente oblícuos, permanecen abiertos sin mirar a las cosas de la tierra, pero sí absortos en una intensa contemplación interior. Sobre la falda sostiene abierto un libro que ha poco leía. Es la última obra del elegante literato francés Paul Derould, cuyo estilo exótico, de extraña magnificencia, la ha sumido en un éxtasis profundo. Paul Derould ama el lujo. Sus personajes pertenecen siempre al gran mundo y su pluma goza describiendo faustos deslumbradores. En todas sus obras juega Amor el papel principal, y como las mujeres son tan sensibles a las fascinaciones del lujo y del amor, Paul Derould es el predilecto de las mujeres. La crítica suele asaetearlo duramente, pero el novelista no se inquieta por ello. Sus libros tienen una venta enorme y recibe a diario cartas de mujeres de todas partes del mundo, que traen en sus pliegues perfumados, frases de apasionada admiración. Derould no desea otro incienso. Sus libros le proporcionan dinero y amor; mu-

---

(1) Con este cuento hace su presentación en la prosa literaria la joven escritora que se oculta bajo el pseudónimo de María Monvel. Publicamos este trabajo con la seguridad que nuestros lectores encontrarán en él cualidades, que permiten augurar una futura novelista.—*La Dirección.*

chos amores: incógnitos los unos, visibles los más... y también un poco de gloria, pese a las auras requisitorias de los críticos graves, que se escandalizan por su éxito de librería.

Las obras de Derould circulan por todo el mundo y han llegado también hasta el Japón, y como las japonesas son tan mujeres como las occidentales, los libros del novelista francés han sido devorados por muchos cientos de ojos oblicuos, a la sombra de pequeños naranjos minúsculos o junto a las crisanthèmes de maravilloso porte y hermosura.

Mit-sú, la Butterfly más soñadora del más soñador de los países, ha leído todas las obras de Derould. Hija de padres opulentos, recibió una brillante educación, y la dulce Mit-sú que semeja un frágil y hermoso bibelot, habla a la perfección, además de su lengua materna, el francés, el inglés y el italiano; sabe arrancar al clave dulces secretos melódicos, y entonar delicadas canciones acompañándose con un extraño instrumento, cuyos sonidos agudos y melódicos tienen una vaga semejanza con los de la flauta.

El narcótico sutil del Ensueño hizo presa en el corazón de Mit-sú, y la hermosa Butterfly leía mucho. Gustaba especialmente de los libros franceses por encontrar en esta lengua una dulzura incomparable.

Así habían llegado hasta ella las obras de Derould y la habían seducido hasta el punto de adquirir todas las que llegaban a su país. Sobre sus rodillas permanece abierto el último libro del novelista «L'homme des yeux d'or».

Mit-sú está melancólica. Su lectura ha vertido ensueño hasta hacerla desbordar en la copa plena de su corazón. Piensa en André Thomas, el personaje principal, y en la seducción irresistible de sus ojos de oro. Piensa también en su esposo Yong-Tom, robusto, imponente, los ojos casi verticales... ¡cuán distinto! Y en cambio—Mit-sú, antes de pensarlo mira azorada a su alrededor—y en cambio, cuán semejante al vizconde de Ozuna, el secretario de la Legación de España que le presentara no ha mucho su esposo, que ocupa un alto puesto en la corte del Emperador. Sí, el vizconde tiene como André, el cuerpo alto y fragil, y como él, es pálido, palidez que acentúa con

una ligera nube de polvos de arroz. Labios bermejos y dientes de una extraordinaria blancura. Y los ojos... ¡oh!... los mismos ojos de oro de André Thomas.

Sigue la japonesa hilvanando quimeras, y es tan absoluta su inmovilidad, que en medio de las mil chucherías extrañas de su habitación, parece un ídolo de porcelana o la obra maestra de alguno de esos maravillosos artistas japoneses. Un ruido leve la hace volver en sí. Es Yon-Tom, su esposo, que acaba de penetrar en la estancia y la saluda con ceremoniosa inclinación. Mit-sú cierra el libro y se pone de pie respetuosamente. Con su elegantísimo kimono de seda rosa, bordado de pájaros irreales, sostenido el alto moño por los ricos alfileres de oro, parece una extraordinaria muñeca animada.

La dulce Mit-sú, que a pesar de su ilustración poco común, recuerda las viejas tradiciones, extiende ambas manos e inclina con profunda reverencia su cuerpo de flor. Es el saludo al amo, el vasallaje de esclava que aun persiste en la intimidad de la familia. Pero Yong-Tom quiere a toda costa ser civilizado, y se apresura a coger una mano de su esposa, besando con mucha gracia la punta de sus dedos cuajados de sortijas.

Mit-sú enrojece. El vizconde de Ozuna la ha saludado siempre así, envolviéndola en la llama intensa de sus ojos de oro.

Yong-Tom mira con cierto disgusto el atavío de su esposa.

—¿Por qué llevas ese kimono, Mit-sú? Te he repetido que prefiero siempre los trajes occidentales. ¡Si te viera así alguno de nuestros amigos! El kimono ya no se usa en nuestro país más que entre las mujeres del pueblo.

—Sí, pero en la intimidad me agrada llevarlo todavía. Pero si os disgusta...

—Sí, Mit-sú; quiero verte siempre vestida a la moda europea.

—Obedeceré...

—Mañana tengo algunos invitados extranjeros a cenar. Asistirá también el vizconde de Ozuna. Llamarás a tu peinadora francesa, y quiero que vistas el más elegante de los trajes que encargaste últimamente de París.

—Serás obedecido.

Y Mit-sú se inclina de nuevo profundamente. Yon-Tom prosigue:

—Es preciso que olvides esas costumbres, querida. Nada de reverencias profundas, ni exageradas muestras de respeto. Sobre todo en presencia de los extranjeros. Quiero que sepan que nuestras mujeres no son menos civilizadas que las de ellos... Hasta luego, Mit-sú. Hoy ceno en palacio. Su Majestad me hace el honor de invitarme a su mesa y ya no nos veremos hasta mañana.

Y Yong-Tom se inclina besando por segunda vez la pequeña mano pálida.

Cuando su esposo hubo salido, Mit-sú lanzó un suspiro. ¡Volvería a ver al vizconde que tenía los ojos de oro como el *Andre Thomas*, de Paul Derould.

Se deja caer de nuevo más pensativa que nunca sobre el cojín de raso. Coge el libro de Derould y lee al azar: «A la seducción intensa y cálida de su voz y a la llama ardiente de sus ojos de oro, ninguna mujer se había resistido aún, y la altiva Blanca que, según decires, era insensible al amor, sería vencida también, irremediablemente...».

El libro resbala de los dedos flojos de Mit-sú y cae entreabierto sobre la alfombra, como un pájaro que se ha roto las alas.

Mit-sú está tan melancólica que siente deseos de llorar. Ella no podrá conocer jamás esos maravillosos países de Europa, en donde las mujeres tienen derecho al amor; aquellos extraordinarios países en donde las mujeres no martirizan sus pies con deformaciones crueles... ¡Cómo se siente desgraciada, ella, la pobre japonesita, la Butterfly más soñadora y más bella, del más bello y soñador de los países!

La criada penetra silenciosamente, llevando la bandeja de laca con el té humeante en la tacita transparente y frágil.

\*  
\* \*

Mit-sú se contempla en el espejo con su elegante traje de la Casa Worth, y sus ojos dulcemente oblicuos revelan una gran pesadumbre. El talle fino, al que sientan tan bien los pliegues

suelos del kimono, se encuentra estrecho y como aprisionado en el elegante traje occidental. Es, sin embargo, una delicadísima y vaporosa creación en tul verde brillante que hace realzar aún más la palidez transparente y nívea de su tez. Ya no lleva prendidos los cabellos con los largos alfileres de oro. Madame Cristhine la ha peinado a la europea y aunque la japonesita está siempre muy hermosa, ella se encuentra extraña y vulgar.

—Voy a parecer fea al vizconde—se dice—comparara mi estatura pequeña con la arrogancia esbelta de las hermosas de Europa, y mis ojos oblicuos y tristes con los ojos deslumbrantes de las extranjeras.

Mit-sú está a punto de llorar, pero es preciso contenerse porque los invitados llegarán pronto.

Yong-Tom penetra en la lujosa estancia amoblada con los más exquisitos refinamientos del fausto europeo.

Contempla a su mujer atentamente y da su aprobación.

—Bien, querida Mit-sú. ¡Estás muy hermosa! ¡es admirable ese traje!... ¿De la casa Worth?

—Sí, de la casa Worth.

Yong-Tom que no entiende mucho de elegancias femeninas, bástale saber para estar satisfecho, que el traje escogido por su esposa, ha salido de los talleres del reputadísimo modisto parisién.

Un criado anuncia en francés:

—El señor vizconde de Ozuna.

—Mit-sú enrojece levemente cuando el aristócrata español penetra en la estancia. Se inclina con suma gracia besando los dedos de lirio de la japonesa, y dirige después un cordial saludo a Yong-Tom.

A pesar del dominio absoluto que tiene el vizconde sobre su persona, Mit-sú cree observar en sus pupilas una fugitiva expresión de asombro al contemplarla con ese atavío. Cuando la conoció por la vez primera, llevaba su kimono de seda rosa....

Llegaron los demás invitados. Algunos diplomáticos extranjeros y dos o tres japoneses que ocupan algún puesto eminente en el país.

El vizconde se sienta junto a Mit-sú, cuya palidez intensa acusa una grave emoción.

—Está Ud. muy hermosa Mit-sú; muy hermosa con ese traje.

—Oh, no! Los atavíos occidentales no me quedan bien.

—Todo le queda a Ud. admirablemente, pero, en verdad, confieso que con el kimono rosa estaba Ud. aquel día deslumbradora.

La dulce Mit-sú, turbadísima, no sabe qué responder. Con los ojos bajos para no encontrarse con la mirada del vizconde, entrecruza uno con otro sus largos dedos afilados cubiertos de sortijas.

El vizconde prosigue:

—Las japonesas abandonáis más cada día vuestros hermosos atavíos de antaño, lo que es muy lamentable para la estética.

Mit-sú murmura:

—Yo, en la intimidad, gusto siempre del kimono,—y agrega con dulce sencillez:

—Con estos trajes europeos no me encuentro bien, y hasta me imagino que estoy ridícula.

—¡Oh, Mit-sú! eso jamás. Hoy está Ud. bellísima. La tonalidad verde de ese traje hace más pálida, más nivea, casi traslúcida su tez.

Enrojece de nuevo la japonesa, cuando la voz de Yong-Tom, se alza oportuna:

—Mit sú ¿por qué no haces un poco de música? Estos señores desean oírte.

Se dirige ella al piano conducida por el vizconde, que permanece a su lado para volverle la hoja.

—¿Qué música prefiere Ud?

—La de Chopín, sobre todas.

Mit-sú toca con exquisita delicadeza.

Cuando termina, las doradas pupilas del vizconde la contemplan con admiración apasionada.

—Es Ud. todo una artista, Mit-sú. Jamás la Polonesa me ha conmovido tan profundamente ni aun cuando la he oído ejecutada por los más grandes genios del arte musical.

—Extrema Ud. la galantería, vizconde,—dice Mit-sú, la voz velada por la emoción.

—No, no, y sería el más dichoso de los mortales, si me con-

cediera Ud. una audición privada antes de marchar a Europa... ¿Quiere Ud?

Y su voz tiene una ardiente entonación de súplica. La japonesa lo mira largamente. Eran los mismos ojos de oro de André Thomas, la misma palidez, casi las mismas palabras... ¿Sería como él un seductor perverso y sin corazón?

Los ojos del de Ozuna siguen implorando.

Mit-sú responde al fin con voz que intenta en vano sea natural y sencilla.

—Tendré mucho gusto. Cuando Ud. quiera.

—¿Qué le parece a Ud. mañana?

—Bien; lo espero a tomar el té conmigo.

—Gracias, Mit-sú, gracias...

Yong-Tom charlaba, en tanto, con sus invitados de asuntos políticos. En su interior se siente dichoso de ver a su mujer más desenvuelta y tan cortejada. Su mirada orgullosa parece decir: «Ya véis cómo nuestras esposas no son esclavas y tienen tanta o más cultura que las vuestras».

\*  
\* \*

Mit-sú habla a Yong-Tom de la audiencia musical pedida por el vizconde y concedida por ella.

El japonés exclama con énfasis:

—Muy bien, querida. Me alegro que hagas vida de sociedad y te acostumbres a actuar en nuestro gran mundo.

—Lo he invitado a tomar el té conmigo—dice Mitsú—. Su pongo que tú asistirás también.

—No, querida; es imposible. Tengo varios asuntos que arreglar en Palacio esta tarde. Por hoy, harás sola los honores al vizconde... ¿te disgusta eso mucho?

—Me contraría un poco...

¡Siempre tan timorata! Te obligaré a frecuentar la sociedad de las damas extranjeras, para que imites su desenvoltura. Por otra parte, estoy orgulloso de tí, Mit-sú. Todos estuvieron acordes para asegurar que era una ejecución bastante admirable! Hasta muy pronto, y trata de sorprender al orgulloso viz-

conde de Ozuna que, según decires que probablemente sean falsos, tiene una idea un poco despectiva para las japonesas.

Mit-sú sonríe sin responder y tiende la mano a su esposo, quien la besó con enfática cortesía y salió en seguida de la estancia.

\* \* \*

—¡El kimono rosa! Gracias, Mit-sú. ¿Verdad que se lo ha puesto Ud. por agradarme?... ¡Oh! no lo niegue Ud. ya que sabe que una afirmación me haría tan dichoso!

Mit-sú, tratando en vano de dar seguridad a su voz que tiembla, responde:

—Sí; como he dedicado a Ud. esta tarde, vestí uno de nuestros trajes de antaño. Beberemos el auténtico thé japonés, que seguramente le sabrá un poco amargo...

—Nada puede parecerme amargo en su compañía, Mit-sú...

—Y nos lo serviremos sentados a la oriental en mi saloncito japonés.

—¿Cómo puedo agradecerle a Ud. todo esto?

—Mientras tanto, ya que es Ud., según me dijo ayer, un apasionado de la música, voy a tocarle a Ud. un poco mientras nos sirven.

La pobre Mit-sú, no sabiendo cómo disimular su turbación que va en aumento, discurrió ese arbitrio. Los ojos de oro de aquel André Thomas, que era una realidad y no una quimera, infiltraban en todo su ser un vago terror.

—¿Qué desea Ud. oír?

—¡Chopin!... ¡Siempre Chopin!

Las menudas manos recorrieron el teclado con arte y sentimiento exquisito, mientras las pupilas doradas del vizconde que Mit-sú no puede ver, se iluminan con una llamarada cruel.

—He oído decir que lee Ud. mucho, mucho, ¿verdad?

—Sí, es uno de mis placeres favoritos.

—Que es Ud. una sentimental en el más alto y noble sentido de la palabra...

—No lo sé... ¿pero quién pudo decirle a Ud. tanto? Yo frecuento muy poco la sociedad.

—Todo se sabe, sin embargo, cuando uno se interesa por saber. Y Ud. tan soñadora, ¿no le gustaría viajar, conocer Europa?

—¡Viajar! ¡Es mi anhelo más ardiente!

—Su país es uno de los más bellos del mundo, pero en Europa hay también maravillas!

—¡Ya lo sé! Sobre todo en Francia, que para mí es el ideal, la Tierra Prometida.

—Yo marchó a España dentro de tres días, me detendré ahí un tiempo escaso, y en seguida haré un recorrido por Europa, deteniéndome mucho, mucho tiempo en el país de sus sueños.

—¡Lo envidio a Ud!

Un criado japonés, vestido a la usanza del país, anuncia a la señora que el thé está servido.

Mit-sú dice a su visitante:

—Tenga Ud. la bondad de seguir al criado que le proporcionará un kimono para que la ilusión sea completa.

Sorprendido y encantado obedeció el vizconde, mientras Mit-sú, tras una ligera reverencia se dirige a esperarlo en el salón japonés.



—Amargo ¿verdad? Nuestro thé es muy diferente al que acostumbran a beber Uds.

—¡Delicioso! ¡exquisito!— asegura el vizconde cuya varonil belleza realza el lujosísimo kimono azul pálido que le vistiera el criado.

Sentados ambos frente a frente en sendos cojines de raso, sorben el thé en las tacitas de inimitable porcelana.

—¡Qué delicia pasar la vida así, junto a Ud., Mit-su; para siempre alejados del bullicio del mundo, eternamente juntos en este retiro delicioso!

Mit-sú sin responder, apuró el último sorbo de su taza de thé. El vizconde se apresura a aliviarla del ligero peso y coloca ambas tazas en una preciosa mesita estilo árabe. En seguida aproxima un poco más su cojín al de Mit-sú, cuyos ojos dulcemente oblicuos se han quedado pensativos. Clava sus doradas pupilas en las de la japonesa que en aquellos momentos miran sin ver,

y cogiendo casi con violencia una de las manos largas y menudas, exclama de pronto:

—¡Vámonos juntos, Mit-sú!

La adorable Butterfly tiene un estremecimiento, y fijando sus ojos en las pupilas llameantes del de Ozuna, exclamó con apagada voz, y como para sí misma:

—¡André Thomas!

—¿Qué dices? ¿quién es André Thomas?

—*L'homme des yeux d'or...* ninguna mujer ni aun la más insensible y altiva pudo resistírsele nunca...

El de Ozuna acercándose más, rodea con su brazo el talle fino de la japonesa.

—¿Vendrás?... ¿vendrás?

Y Mit-sú, fascinada por esas pupilas que lanzan relámpagos extraños, responde débilmente:

—Sí, iré.

El vizconde cogiendo entre sus manos la cabeza adorable, sella sus labios con un largo beso...

\*  
\* \*

La sirena del gran transatlántico vibra con penetrante y agudo gemido. Las pesadas cadenas producen al levantar el ancla un rumor sordo y la hélice empieza a girar vertiginosamente.

En la proa, apoyadas en la barandilla, conversan dos personas en traje de viaje.

—Partimos, Mit-sú. ¡Dime que estás contenta!

Conocerás mi patria, e iremos en seguida a Francia, y recorreremos el mundo entero en una ideal y eterna luna de miel!

—Sí, soy dichosa; te lo juro; soy muy dichosa!

—¿Pero qué tienes en las manos, muñeca mía?

—Mira, es lo único que he traído conmigo...

Y muestra al vizconde un libro pequeño que lleva en la cubierta el título con letras doradas: *L'homme des yeux d'or*.

En los labios del vizconde erró una sonrisa burlona que Mit-sú no pudo ver.

—¡Por fin partimos!... ¡mira!

El enorme transatlántico se había puesto en movimiento y cortaba las aguas balanceándose suavemente. Mit-sú apoyada de codos en la barandilla, mira alejarse las costas de su país natal.

Una emoción imprecisa le oprime el pecho. El gran monstruo de hierro cobra cada vez más rapidez y las casas de Tokio se hacen borrosas a la simple vista.

Por primera vez la acongoja la duda y alzando sus negros ojos pregunta con inquieto azoramiento:

—¿Me quieres de verdad? Di ¿me quieres?

—Sí, musmé; te adoro, te adoro con locural

La japonesita, aliviada, suspira y sonríe.

—Sí, te creo; tienes los ojos de oro de André Thomas, pero no su alma negra...

Y como para infiltrarse confianza, una confianza que amenaza faltarle, sigue repitiendo, mientras el vizconde cubre de besos su cabellera sedosa:

—¡Te creo... te creo... te creo!...

\*  
\* \*  
\*

El transatlántico guiado por la brújula ha seguido días y noches el camino del mar que no tiene huella... Largos días y largas noches que son para el amor breves instantes.

—¡Cadiz! ¡Llegamos Mit-sú! ¿no estabas fatigada de tanto cielo y tanto mar?

—No; quisiera seguir entre el cielo y el mar eternamente.

—¡Romántical

—Me inspira la tierra un miedo que no sé definir. El mar se me ocurre más bondadoso, y creo haberme encariñado con este gran monstruo de hierro... ¿por qué no seguimos viaje a Francia?

—A Francia ¿quieres ir a Francia?

—¡Pues, iremos allá!

Al decir esto, los ojos del vizconde tuvieron un resplandor satánico.

—¡Oh! ¡qué alegríal ¿pero es verdad?

—¡Vaya si lo es! Desembarcaré para telegrafiar a mi familia, y antes de dos horas estoy de vuelta.

—Ya no es tiempo. El vapor no tarda en zarpar.

—He leído en la pizarrilla que no saldrá hasta media noche. Ya ves que el tiempo sobra...

—Sí, pero prefiero que me lleves contigo.

—No es posible; tardaríamos mucho más. Un hombre solo se desenvuelve fácilmente.

Mit-sú no se atrevió a insistir.

—Bien; vé y no tardes.

—Sí, alma mía. Hasta luego.

—Hasta luego, Fernando.

\*  
\* \*

Han pasado tres horas, y el vizconde no regresa. La japonesa devorada por una inquietud que trata de vencer en vano, permanece tendida en una silla de tijera sobre la lisa y amplia cubierta. Allí se sienta dispuesta a no cambiar de sitio hasta la vuelta del vizconde. «¿Por qué tardará tanto?»—se pregunta angustiada. Y luego se responde a sí misma: «Una eventualidad cualquiera... ¡qué necia soy!»

La noche ha caído completamente. Una noche negra sin luna y sin estrellas. A lo lejos, el puerto enciende sus millares de luces y desde el mar el aspecto es fantástico. Diseminadas acá y allá, las masas negras de los barcos cuyos contornos se adivinan confusamente, tan confusamente, que las luces de cada cual, semejan llamaradas sueltas sostenidas en el aire por un extraño prodigio.

Mit-sú no ha cambiado de lugar. Ni siquiera se ha movido. El corazón late en su pecho como un pájaro azorado, y una angustia sorda le oprime la garganta como una mano brutal.

De pronto, se siente el ruido peculiar de las cadenas al levantar el ancla, y la sirena lanza su penetrante grito. Mit-sú se pone en pie palideciendo.

Pasa un marinero y lo detiene con un gesto.

—Oiga Ud. ¿por qué grita la sirena?

Y en la sencilla pregunta hay una angustia tan viva, que el marinero la mira sorprendido.

—No se asuste Ud., señorita. Es que partimos.

—¿Qué dice Ud? Partimos! Pero el vizconde no ha llegado aún! ¿dónde está el capitán?

Sin preocuparse más de su interlocutor, Mit-sú corre a su camarote, y mientras baja anhelante la escalera que conduce a él, murmura entre dientes:

—Quizás llegó ya y por asustarme no me ha avisado... Quizás...

Empuja la puerta... Nada. Mira a su alrededor y lanza un grito ahogado.

—¿Y las maletas? ¿Quién ha sacado las maletas de aquí?

Oprime el timbre una, dos, diez veces, mientras con la otra mano trata de contener los latidos violentos de su corazón.

Acude el camarero:

—¿Quién ha hecho sacar las maletas de aquí?

—Las he sacado yo, señora. El señor vizconde de Ozuna me lo ordenó así. Entiendo que se ha quedado en Cádiz...

—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¿Dónde está el capitán?

Y empujando al criado que la contempla aturdido, le grita con voz ronca:

—¡Lléveme Ud. donde el capitán!

Y ante las miradas de asombro de los pasajeros que aun permanecen sobre cubierta, sosteniendo a duras penas el equilibrio en su carrera sobre el suelo inestable, llegan hasta la cámara del capitán.

La japonesita empuja la puerta sin llamar y con un tono de voz trágico y quebrado, pregunta sin saludarlo:

—¿Dónde está el vizconde de Ozuna?

El viejo marino la mira con sorpresa.

—¿El vizconde de Ozuna? ¡Desembarcó en Cádiz! Pero aguárdese Ud. Me encargó que pusiera esto en sus manos.

Y así diciendo, abre un cajoncillo y extrae de él un abultado sobre.

—¿No es Ud. la señora Mit-sú?

Incapaz de responder, afirma con un movimiento de cabeza,

a la vez que con mano temblorosa recibe el sobre que se apresura a abrir.

El capitán sospecha el drama y su semblante expresa una honda piedad. Y era tal el temblor de los dedos de la pobrecilla que no acierta a rasgar el cierro.

En tanto, a una señal del marino, el camarero se había marchado.

—¿Qué significa esto? ¡Dinero! Un papel... Leyó: «Me quedo en Cadiz, Mit-sú. Tengo los ojos de oro y el alma negra, exactamente como *André Thomas*. Erraste al suponer lo contrario. Te dejo ese dinero para que vuelvas a tu país o sigas viaje a Francia; en fin, como tú prefieras. La vida es fea y ruin, mi dulce y pequeña musmé de porcelana». No tiene firma.

Mit-sú permanece muy pálida, invadida por una repentina y profunda serenidad. Algo así como si hubieran anestesiado sus nervios.

El anciano marino habría preferido verla llorar, porque esa inmutabilidad absoluta le parece más trágica que el llanto. Afectuosamente, le coge una mano.

—¡Un canalla! ¡un miserable! ¡consuélese Ud., señora! Desembarcará donde guste y cuando guste. Yo tengo amigos en todas partes, buenos amigos que la ayudarán a volver a su país, si así lo desea... ¿No tiene Ud. fe en Dios? Él no nos abandona en los trances difíciles... ¡Vaya, hable Ud. algo! Le aseguro, se lo juro a Ud. que le prestaré mi más decidido apoyo!...

Mit-sú sigue silenciosa como si no escuchara.

—Apóyese Ud. en mi brazo. La conduciré a su cámara.

Obedeció dócilmente la japonesita, mientras el capitán, inquieto por su mutismo, la mira de soslayo.

Prosiguió:

—La vida tiene sorpresas crueles, pero no hay que desesperar. Recuerde Ud. el viejo aforismo: «no hay mal que dure cien años» o aquel otro «todo tiene remedio, menos la muerte». Pero hemos llegado. La dejo a Ud. Mañana volveré a hacerle compañía un momento y a saber cómo ha pasado Ud. la noche... ¡Hasta mañanal

Sola ya en su cámara, la japonesita se deja caer en el diván.

Sus dedos crispados siguen apretando con fuerza el libro de Derould. Permanece inmóvil una, dos, tres horas. Los pasajeros se han recogido ya, y sólo se escucha el rugido sordo y continuo de las olas que se estrellan contra los flancos de hierro.

Sin soltar el libro, Mit-sú se lleva una mano al pecho... Se ahoga... Falta aire en la cámara estrecha. Se pone en pie y coge un abrigo «qué angustia, voy a respirar un poco de aire fresco»...

Abre la puerta tratando de no hacer ruido. Afuera, una ráfaga helada la hace estremecer. Se encoge más dentro de su abrigo amplio y empieza a andar sobre cubierta apoyándose en las paredes para no caer.

El mar está muy agitado y el vapor enorme se mece como un barquichuelo. Sigue andando hasta llegar a proa y se apoya en la borda. El mascarón, una hermosísima mujer de trajes flotantes, parece arrastrar el barco con la fuerza de unas olas invisibles.

Mit-sú contempla el cielo... ¡ni una estrella! y el mar... que trágica negrura!

Castañeteando los dientes, balbucea como si la escucharan:

«La vida es traidora, embustera, vill! Si tuviera valor para arrojarme allí, en el abismo negro. Pero que fría debe de estar el agua ¡qué fría!... Y los monstruos marinos me devorarían tal vez... ¡horror!...»

Se inclina más aun y cae al mar el libro de Derould. Flota un instante, y luego se hunde en la profundidad sin fondo. Mit-sú lo mira desaparecer con una sonrisa amarga: «Los ojos de oro y el alma negra como André Tomás».

Con la mitad del cuerpo hacia el mar, los brazos laxos y colgantes, doblada en dos sobre la barandilla, la dulce Mit-sú, parece una muñeca rota.



Así la encontraron al día siguiente. Una fiebre violentísima hizo presa de su cuerpo, y el médico dice que morirá sin reme-

dio «una emoción terrible, ataque al cerebro; esperemos en Dios! De la ciencia no hay más que aguardar».

El anciano capitán, a quién la desgracia de la japonesita abandonada conmueve hasta en el fondo del alma, no se mueve del lado de la enferma.

La fiebre sube y sube y no hay medio humano de hacerla descender.

Mit-sú, presa de horribles delirios, habla confusamente de Chopín, de Derould y del hombre de los ojos de oro. El viejo marino sostiene con todas sus fuerzas las manitos menudas que intentan desgarrarse el rostro, y mientras las lágrimas que no se cuida de enjugar, resbalan por sus curtidas mejillas, murmura entre dientes con una cólera sorda: «¡el canalla! ¡el miserable!... Pobre japonesita!»

MARÍA MONVEL.